

## EL INDIO DE OTAVALO

V. G. Garcés

Tanto se ha hablado –y en todos los tonos– del indio ecuatoriano, lamentando su situación retrasada y su condición de paria víctima de las explotaciones del "blanco", que parecería agotado todo tema. Pero, creemos, nunca se ha profundizado el asunto, ni se ha hecho un estudio sereno y meditado de las condiciones peculiares en que el indio vive dentro de este ambiente americano y, concretando más, ecuatoriano.

Queremos ensayar un análisis, siquiera sea somero, de los caracteres psicológico-sociales que atañen a la raza indígena. Queremos ver, con justiciera mirada de apreciación científica, los aspectos varios del problema que palpita, intocado, como quizá palpita en otros pueblos indohispanos de igual contextura etnológica que el nuestro. El punto de vista y de la exclusiva referencia experimental, es el modo de ser y de vivir del indio de nuestras comarcas. El indio de Otavalo nos va a servir de índice racial, de tipo psicológico.

Nuestro indio es descendiente de los aguerridos Imbayas. Los *saransegs* u *otavalos* eran los primitivos habitantes de estas regiones. Su origen tan remoto impide precisar las condiciones y los sistemas autóctonos que regían entonces. Sometidos, como todos los demás, al régimen de los Shyris, primero, y al de los Incas,

después, tenían que adoptar las mismas modalidades de obediencia y vasallaje. Su vida respondía al medio ambiente de la época: sometimiento, humillación.

La Conquista y la Colonia no mejoran psicológicamente la condición del indio; al contrario, la hunden en anonadamiento y desgracia y ponen el sello trágico de desdén para una raza vencida. En la época precolonial el indio está sometido directamente a la autoridad que le domina. Se sabe dueño de sus tierras inmensas, o por lo menos, conoce que dependen de hombres de igual origen. No tiene la preocupación ancestral de su despojo ni guarda en su alma el rencor milenarío contra el barbudo déspota. Rindiendo homenaje al padre Sol y al Rey, cumple íntegramente su destino. Después, en la Conquista, la Colonia y la República, el indio tiene la enormidad de su despecho asentado en su espíritu. Comprende que está vencido y destronado de su grandioso imperio: su pena será eterna.

La psiquis del indio ha tomado rumbos diversos e incesantes, amoldándose, cada vez, a las condiciones del momento histórico y político. Las grandes evoluciones que sufrió América-libertad indígena, Conquista, Colonia y libertad republicana, ciclos totalmente diversos repercutieron en los indios de modo indiscutible. La Conquista española tiene trascendental importancia en el desarrollo —no sabemos si integralmente progresivo o parcialmente regresivo— de las especiales condiciones del espíritu indio. ¿Será, como afirma el señor González Suárez, que la Conquista "encuentro repentino de dos razas: la blanca y la americana que al encontrarse chocaron violentamente", produjo la derrota de la raza *inferior*, la americana? ¿La depresión del indio obedece, entonces, a causas raciales que le dan el distintivo, el reproche, de inferior, de inadaptada? Las razas, según los sociólogos, Colajanni, De Roberty, entre otros, no son ni superiores ni inferiores. La superioridad se mide, no en la caracterización antropológica propiamente, sino en su aptitud para asimilar una civilización determinada. (No desconocemos que es un verdadero problema de sociología el asegurar superioridades de raza, con respecto a la capacidad intelectual, como el caso presente). Hay civilizaciones

superiores y, correlativamente, civilizaciones inferiores; no razas mejores. Así, pues, no puede formularse apriorísticamente el principio de la inferioridad de la raza indígena.

Grande es el porcentaje de la población india en la demarcación cantonal de Otavalo. Quizá alcanza a un 80%, más o menos. Lamentamos no tener estadísticas para precisar cifras. Suponemos que existen en todas las parroquias del Cantón de 30 a 40 mil indios. El Dr. Herrera, autor de la "Monografía de Otavalo" señala el número de 25.966, en el año de 1906.

Los indios habitan en casas pajizas, la generalidad. Los más adinerados y, sobre todo, aquellos que han alcanzado a concebir la necesidad de vivir mejor, son relativamente pocos. Conjunto de casas rodeadas de sembríos pequeños de su propiedad, bien cultivados, dan bello aspecto a las "parcialidades". El sentimiento gregario, asociativo es natural en ellos. Pero se agrupan evidentemente los que tienen más afinidad psíquica; y, propiamente, los que se asimilan mejor por identidad de costumbres, deseos, intereses hábitos de vida y aún de vestido. La situación topográfica, de localización territorial, es el primer factor de convivencia. Generalmente individuos de una parcialidad no guardan relaciones amistosas con los de otra. Las relaciones de grupo predominan insistentemente. Con todo, si se trata de *enemigo*, como suelen llamarle, si se trata del *mismo* que hostiliza, o del sistema político que se impone, se asocian sin distinción de categorías ni de parcialidades. Hay, pues, hondamente arraigado el sentido de semejanza que atrae y vincula.

Su alimentación es sustanciosa y sana. Se alimenta bien para resistir las fatigas del trabajo. Su vestido es aseado y sencillo, sin complicaciones ni caprichos. Su vivienda, humilde, miserable quizás. Sus necesidades no le piden más: le bastan con satisfacer las exigencias fisiológicas. Las de orden más elevado, necesidades morales intelectuales, no las sienten. No tienen jamás la inquietud de mejores anhelos ni deseos de progreso. El progreso, para ellos, no tiene trascendencia, ni sale del límite de su mentalidad apocada. Progreso, para el indio, no sería otra cosa que buenas cose-

chas, buena paga, buena chicha, buenas danzas. Querría significarle libertad de hacer y de obrar a su modo, de acuerdo con sus costumbres. La concepción amplia de progreso —como entendemos nosotros— no entra nunca en su mente.

Espíritu observador y curioso, contempla los adelantos que muestra la ciudad, por ejemplo. No se detiene a considerar la eficacia de una adaptación asequible a sus posibilidades. El indio ve, inquiere, admira talvez. Se acostumbra a ver el automóvil o la lancha que caminan veloces. Al aeroplano, la primera ocasión que vino al Norte lo creyó, aterrorizado, el demonio. *Auca Chari?* —se preguntaban entre ellos. A pesar del maravilloso don de imitación de que están dotados, de esa habilidad manual que asombra a los extraños ojos, no imitan sino aquello que les es económicamente útil. Basta admirar las espléndidas telas de lana y algodón que trabajan. La utilidad es el eje primero en todas sus actividades. Son utilitaristas, inconscientes realizadores de las teorías de Bentham y Hobbes. Creen que su destino es vivir para comer, dormir, vestirse y embriagarse. Porque suponen que allí —programa reducido pero intenso— acaba su actuación total: no hay más que tener dinero para agotarlo en aguardiente. El licor, la chicha son sus bebidas predilectas. Hemos visto en Otavalo cómo inducen los mismos padres a beber a sus hijos y allegados: si les brindan *una copa*, la comparten con su longo. *A que aprendan*, prorrumpen airoso. Y las mujeres son ahora las más avezadas. Los sábados por la tarde, en los alrededores de Otavalo, hemos observado este curioso hecho. Entre los grupos de indígenas ebrios que se alejan a sus casas dando gritos o cantando, o que se arremolinan en un claro del camino para pelear, más numerosas son las indias. Hemos tratado de indagar causas y no sabemos sino que, ahora el marido bebe siempre con su mujer y sus amigos, acompañados con sus respectivas mujeres. Antes, la india acompañaba al marido para *rodearle* y cuidarle; ahora, ambos se entregan al codiciado deleite. ¿Despecho o impulso instintivo? ¿O es que se impone a la naturaleza del indio, como una fuerza insuperable, ese afán. Ese apego al licor fruto quizá de una corriente poderosa que obra en esa clase social, o resultado de taras fisiológicas inevitables?...

Sus creencias (las del indio de Otavalo), están de acuerdo con su mentalidad, propicia –felizmente– a toda emotiva persuasión o a toda sugestión doctrinaria. Los que cotidianamente van a la iglesia, son católicos a su modo. Modo superficial, externo, como todos sus modos de sentir y creer... La fe obra en ellos el milagro de la aceptación del dogma, como en los blancos. Sólo que al blanco puede mantenerse, en los resquicios de la razón o la conciencia, el deseo de inquirir causalidades lógicas, científicas. Pero el indio, ¿qué va a dudar, sobre qué va a recaer su duda?... Su creencia religiosa radica en un fondo innegable de superstición o fetichismo. Allí donde el indio no se explica –o no le explican, convenciéndole (labor bien fácil, por cierto!...)– la razón de ser de un hecho, de un fenómeno, natural para mentes más desarrolladas, allí cree en la existencia de un espíritu invisible y poderoso, todo poderoso. El aullido del perro, el canto de la tórtola, el graznido del *chusig* (búho) en la noche, le infunde pavor y desconcierto. No se explica estos hechos. En las entradas de sus pobres casas, hemos visto (y no sólo en la de los indios) unas plantas de zábila (áloe sucotrino) que crecen sin necesidad de tierra donde asentar sus raíces. Se atribuye virtudes mágicas y sabias a la planta aquella... (fetichismo?). Algunas veces hemos tratado de tomar fotografías de hermosos tipos indígenas de Otavalo. Tienen, la mayor parte de los indios, un temor misterioso a la kodak inofensiva... Al mirar alguna fotografía de ellos creen que se les ha robado el alma... (Muchos de estos curiosos detalles podríamos anotar, detalles observados diariamente en Otavalo por nosotros mismos).

El indígena otavaleño es trabajador y laborioso. Las faenas agrícolas son su principal ocupación. Cuida de sus terrenos, de sus parcelas, con esmero y prolijidad; se diría, hasta con amor. La tierra es la riqueza máxima del indio: por ella vive y para ella vive. Para defender su pegujal sacrifica todo cuanto posee. Tiene un tradicional apego a la tierra que le da el sustento. Se dejaría matar antes que consentir atropellos en su propiedad.

El reparto de las tierras cultivadas en el Cantón de Otavalo es asunto que motiva un estudio meditado. La propiedad está

muy difundida entre ellos; su aspiración es la adquisición de terrenos. No gustan ya de ser "peones" o "gañanes" porque les resta tiempo a sus propias tareas. Y esto que el Dr. Herrera anota en su monografía como un peligro para la agricultura, porque —dice— "con la posesión de ellos (de los terrenos) en mayor escala, cultivándoles con esmero, adquirirá bienestar que le hará despreciar el jornal. Quién labrará los campos?" ...esto —decimos— lo reputamos amenaza para los grandes propietarios actuales, no para la agricultura generalmente considerada. Cuando lleguemos a la persuasión de que el trabajo material no denigra —tardará mucho, es cierto—; cuando hayamos logrado un conveniente mestizaje; cuando tengamos verdadera división del trabajo, no será peligro. Antes bien, estaremos salvados definitivamente. El carácter del indio es altivo y resuelto. Su resignada sumisión, su timidez tan decantada, es totalmente superficial. En el fondo acumula siempre rebeldía y coraje. El convencimiento de la inferioridad de sus fuerzas —no físicas, sino energías que nacen de la cultura, de la conciencia, del espíritu— le hace aparecer como sumiso y tímido. La timidez del indio es el reconocimiento de la inoportunidad de su desquite... Nada más. Muchas pruebas han dado en Otavalo. Recuérdese los "levantamientos" del tiempo de García Moreno.

El indio es desconfiado: no se persuade jamás que hay sinceridad y desinterés para con él. Ya no cree en las promesas que el "blanco" suele hacerle. ...Cómo estará de hostigado de sus patrañas y abusos perpetuos!... Aún en la vulgar conversación se muestra receloso y pesimista. Dos indios que saben, más o menos bien, el castellano y que se encuentran junto al "blanco" que puede oírles y entenderles, nunca hablan el castellano; no. El quechua, su propia lengua. Un indio no bebe ni come —generalmente— en presencia del patrón: acostumbra —cosa rara— voltearse y dar las espaldas. ¿Vergüenza o timidez, desconfianza o respeto?...

El continuo trato con la gente blanca de los poblados, por asuntos de industria o comercio o por cualquier motivo; la frecuencia de su estadía en centros de mejor cultura, hacen adquirir al indio conocimiento de costumbres y hábitos extraños para él.

Le hacen, principalmente familiarizarse con el idioma español. Creemos que más de un cincuenta por ciento de los indios de Otavalo entienden el castellano, aunque no puedan hablarlo todos. Conocemos indios que hablan escriben y leen con bastante corrección. En las escuelas de Otavalo no faltan niños indígenas: son los hijos de los indios que han alcanzado mejor raciocinio y comprensión: son pocos, desgraciadamente. Todos ellos —y los anteriores— saben el castellano. Pero vuelven a sus hogares o salen de la escuela y penetran, otra vez, en el ambiente adverso: necesariamente han de ir hablar el quechua con sus padres y amigos. Hemos visto a los "longos" que hasta los mismos juegos que aprenden en la escuela los *quechuizan* en sus denominaciones.

Por los datos enumerados, rasgos característicos de los indígenas, se puede concluir que forman una masa social apta para mejores triunfos y conquistas. Nos muestran que son susceptibles de mejoramiento y progreso, si se infiltrara en ellos una corriente cultural, educativa, que les haga salir del estancamiento moral e intelectual en que hoy viven. Creemos que la clase indígena ecuatoriana tiene aspectos comunes de configuración psicológica. Signos indubitables de heterogéneas tendencias de su alma, predominantes en ciertas regiones, se desplazan ante la visión íntegra de la raza igual, de la suya, la americana.

Para una nación que comienza a coordinar sus elementos constitutivos; que quiere armonizar las energías vitales que informan su condición de Estado, dándole el asiento geográfico-etnográfico que requiere para su vida positiva; para un pueblo que vigoriza su conciencia, acumulando las síntesis concienciales de los hombres que conviven en el agregado; para una nación, o Estado, o pueblo así —decimos— es un imperativo ético y sociológico la unificación y el equilibrio de sus fuerzas sociales, la nivelación racional de sus factores demográficos.

Ese es el problema, la incógnita tremenda que pesa sobre estos países americanos.

¿Cuál la manera de reformar costumbres, de cambiar hábitos, de anular impulsos e instintos tan arraigados? ¿Cómo regar simientes de mejoramiento? ¿Cómo ahondar la inquietud vaga que tiene el indio sobre lo que significa progreso? ¿Cómo incorporar a esa porción valiosa y grande de la población nacional en una escala socialmente adecuada a su destino en un rango ética y políticamente apropiado a su naturaleza?

La primera condición, el primer paso, es buscar educación para el indio. Con sistemas convenientes y regímenes propios. Alto problema de pedagogía social que exige meditación y estudio concienzudo. Hemos visto que el indio es egoísta con el blanco: inculcarle, pues, otros sentimientos, entre ellos, el de la convicción de su propio valer. Necesita elevarse la personalidad del indígena, moral, jurídica, socialmente. Es menester dotarle de cultura. En el estado de ignorancia en que vegeta, el indio no será sino lo que es: un ser amoral y asociable, respecto de las otras categorías, de las demás clases sociales. La ignorancia no asimila nada. Una cultura, por pequeña que sea, pero cultura al fin, está en potencia de desentrañar y arrancar de otra cultura superior los elementos que necesita para su desenvolvimiento. Tiene preponderancia entonces la imitación. La imitación como factor socializador, preconizada por Tarde. Una cultura imita de otra aquello que necesita para modelarse mejor, para constituirse. Sociológicamente, un pueblo, una raza, una colectividad, cualquiera categoría de sociedad humana dotada de cierta capacidad —sería la cultura inicial— imita y asimila. Imitación interna. La externa no tiene grande trascendencia.

Es incuestionable el poder imitativo del indio; pero hemos tratado de demostrar que su habilidad en imitar —habilidad de copiar modelos— no se ejercita sino en un marco de utilidad económica, de utilidad en los negocios en que emprende. Su imitación no alcanza aún a otras esferas superiores de actividad, ni tiene el sello de su animismo, de su espiritualidad, puesto profundamente en su obra. Quizás no despierta en su alma anhelos que pudieran compaginarse, en grado de sugestión, a la codicia o al deseo de ganancias económicas. Cuando la inquietud surja en



su espíritu, por otra de la educación y de la cultura; cuando crea que su destino es otro, que no el de servir eternamente, entonces imitará de los hombres mejores lo que califique de bueno y de justo. El espíritu de selección está paralelamente constituido al de educación, que es la selección de los espíritus.

No hemos de imaginar nosotros que es conveniente la supresión definitiva del indio. Pueblos como el de los Estados Unidos adoptaron, quizá, ese sistema por razones hasta de orden simplemente afectivo, de una afección tan poderosa y tremenda que no reparó en los medios de acabar con la raza que estorbaba a ese pueblo "cosmopolita"... México, Argentina, Uruguay dan muestras de sabia metodología social, de mestizaje y fusiónamiento de una raza entre las otras para formar el tipo racional perfectamente definido. En la Argentina ya no se halla al "gaucho", en toda la pureza de su primitivismo, sino en las novelas, dice un moderno pensador de esa vigorosa nación, Ramón Doll. Güiraldes nos da a conocer y admirar en "Don Segundo Sombra" al fuerte criollo de las tierras pampeanas.

No sabemos quién o quiénes han creído necesario, como proceso inicial de educación indígena, el cambio de vestido, sustituyéndolo con trajes que se asemejen al del blanco. Así concebido, juzgamos muy trivial el remedio. Es decir, la coacción y la imitación aunadas; mejor dicho, la imitación exigida coactivamente, imitación superficial, externa, sin importancia. Más lógico procedimiento es el de crear en la conciencia, en el alma del indio, la necesidad de transformar su vida, de mejorarla y adecuarla a las exigencias de una civilización convenientemente dirigida. Las necesidades brotan del fondo de los espíritus, si son de aquellas que se imponen en el alma, como una inquietud dolorosa, trascendiendo al mundo exterior, hechas acomodamiento, manera de ser, manera de actuar, manera de vivir. Las necesidades dan la medida de la cultura, porque ellas acusan una preparación previa, un campo nutricional de deseos y de anhelos y un caudal de razonamiento para buscar justamente las formas de satisfacerlas. Ya mostramos lo que sucedía con frecuencia con los indígenas que viven en hogares de civilizados, de blancos: la situación en que es-

tán colocados les da y les facilita los medios para asimilar una ráfaga de cultura, un destello de mejoramiento y civilización que favorece la aparición natural de necesidades y el deseo, aunque fuera simple y caprichoso, de cambiar de vida. Entonces se inicia el verdadero proceso: de adentro al exterior, afuera; entonces comienza la evolución racional y humana: vestir al espíritu y a la conciencia, primero, con ropajes de civilización y cultura. Obligar a los indios a cambiar repentinamente de vestido, creemos que no es más que disfrazarlos de hombres cultos. Disfrazados, nada más que eso. Formar una categoría de hombres —como existen ya por desgracia— que aparecen como de mejor rango social, moral e intelectual que el indio y que, con todo, no le superan sino en el vestido...

Castellanizar al indio, se proclama. Primero el idioma. Aunque sea a la fuerza, claro está. ¿Será posible —nos preguntamos— borrar del alma de una raza el lenguaje con que cantó llorando su dolor de siglos? ¿Será posible matar un idioma, porque es una "lengua muerta" que, sin embargo, no muere ni morirá tan fácilmente?... ¿Se podrá hacerle adoptar el castellano, cuando no gusta de hablarlo, aún sabiéndolo, porque es el idioma del "blanco"?

Nos persuadimos, pues, de la enormidad del problema. Nos convencemos más, si cabe, de la necesidad de proceder con orden, con lógica, con paciencia. No es obra de momentos verificar inmensas transformaciones. Primero, educación. Después, educación. Educación siempre. Un ciclo sistemático de cultura hace nacer derivaciones adecuadas, sean éstas necesidades o inquietudes o ilusiones...

La gran cruzada educativa requiere maestros y apóstoles de verdad. Los tenemos nosotros, por ventura?...

"Imbabura" Nos. 3 - 4, septiembre - octubre de 1928.